que sea buena aunque corta... Vida recta, vida larga... Esta vida mortal es la esperanza de la vida inmortal... De lo que amamos depende el vivir bien o mal (San Agustín).

(Reflexionemos un poco. ¡Se vive una sola vez! y como dice Kempis: «Hoy es el hombre y mañana no parece». Spirago en su Catecismo de ejemplos refiere éste: Subía una señora en un funicular, y preguntó al conductor: «¿Qué haremos si se rompen los frenos?». «Echaremos otros segundos frenos de seguridad». «¿Y si se rompen también estos segundos frenos?». «Iremos al cielo o al infierno; cada uno adonde le lleven sus méritos». Bien dicho, y advierte que a todos se nos han de romper algún día los frenos.

Notemos que Jesucristo no nos dice: «que nos preparemos», sino que *«estemos preparados»*.

23. La gracia y la paz sea con vosotros

(La gracia y la paz son los dos preciosos dones que San Pablo en sus cartas desea a los fieles que escribe: *la gracia,* don que nos viene del Padre por Jesucristo y nos santifica borrando el pecado, y *la paz,* que es cúmulo de bienes internos y externos, fruto del Espíritu San-

to: Gál. 5,22. Este es verdaderamente un expresivo saludo cristiano).

Jesús dice: *«Yo he venido para que las almas tengan vida, y la tengan abundantemente»*. (Esta es la «vida de la gracia», que es como una «savia divina» que viene de Jesucristo. Vivir en gracia es vivir sin pecado, vivir unidos a Jesucristo como el sarmiento a la vid).

Permaneced en Mí y Yo en vosotros. Como el sarmiento no puede por sí mismo llevar fruto, si no permanece en la viña, así tampoco vosotros si no permanecéis en Mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. Quien permanezca en Mí y Yo en él, ese dará mucho fruto, porque sin Mí no podéis hacer nada. Quien no permaneciere en Mí es arrojado fuera como el sarmiento y se seca (Jn. 15,5 s).

(Hay dos clases de gracia: *la actual* y *la habitual o santificante).* La actual, dice San Agustín, es una luz que ilumina y conmueve al pecador (es decir, es un auxilio sobrenatural y transitorio que ilumina nuestro entendimiento y mueve nuestra voluntad a evitar el mal y obrar el bien. Este auxilio que nos mueve a ser mejores, puede partir de una buena lectura, de la predicación del Evangelio de una muerte repentina, etc...).

(*La gracia santificante* o habitual es un don sobrenatural, interno e invisible que permanece en nuestra alma. Es un «ser» divino, que viene a nosotros, algo que viene de Dios), «es como una luz cuyo resplandor borra las manchas de nuestra alma y le comunica una radiante belleza» (Conc. Trento).

(Las almas en pecado son cadáveres ambulantes, porque viven en cuanto al cuerpo, pero su alma está muerta). *Tienes el nombre de viviente, pero en realidad estás muerto* (Apoc. 3,1).

La gracia... no consiste sólo en el perdón de los pecados, sino que es una divina cualidad infundida en el alma, y un como resplandor y luz que limpia todas las manchas de nuestras almas y las hace hermosísimas y muy brillantes (Cat. Rom).

(Por el bautismo se nos quita el pecado original y todos los pecados personales que tuviera el que se bautiza; y al quitarse el pecado del alma, ésta queda limpia, adornada de la gracia divina y embellecida, y por ella nos hacemos hijos de Dios y herederos del cielo. La gracia se pierde por el pecado mortal, y se recupera por otro sacramento, el de la Penitencia...).

Por medio de la gracia somos transformados en una imagen celestial y llegamos a tener en cierto sentido otra naturaleza, de modo que con justo título somos llamados no solamente hombres, sino también hijos de Dios y hombres celestiales, ya que hemos sido hechos partícipes de la divina naturaleza (S. Cirilo de Alejandría).

La gracia es la vida (el alma) de nuestra alma... Como el alma da belleza al cuerpo, así Dios la comunica al alma. Es sólo el alma la que da atractivo al cuerpo; si lo abandona te horroriza la vista del cadáver;y aun cuando encontraras hermosos sus miembros, te apresurarías a sepultarlo... lo único que en ti agrada a Dios es lo que de Él tienes; lo que de ti mismo tienes, desagrada a Dios (San Agustín).

Como si alguien transformara de repente a un hombre sarnoso, consumido y deshecho por la peste, la enfermedad, la vejez, la pobreza y el hambre, en un gallardo joven, de hermosura sin igual entre los hombres, de rostro resplandeciente, de mirada más brillante que los rayos del sol..., así proveyó y ornó Dios nuestra alma y la hizo hermosa, atractiva y amable (por la gracia)... (San J. Crisóstomo).

Al distribuirse su cuerpo y su sangre por

nuestros miembros, somos hechos cristóforos, y según palabras de San Pedro, participantes también de la naturaleza divina (S. Cirilo de Jerusalén).

Considerando, carísimos, la munificencia inefable de los dones divinos, cooperemos con la gracia de Dios que opera en nosotros. El reino de los cielos no es para los que duermen, ni la bienaventuranza eterna está destinada a los que se dejan embotar por la pereza y la desidia (San León Magno).

Comparaciones:

– Sin luz no se puede trabajar; así el hombre nada puede hacer sin la luz de la gracia divina. El cuerpo no puede trabajar si no le anima el alma; así el hombre no puede hacer cosa de provecho si no le apoya el Espíritu Santo, que es la vida del alma (San Fulgencio).

– Como la luna no puede alumbrar si no recibe la luz del sol, así el hombre nada puede hacer meritorio sin la luz del Espíritu Santo (S. Buenaventura).

– Nuestra alma no produce fruto alguno si no es rociada con la lluvia de la gracia del Espíritu Santo (San Hilario).

– Sin lluvia no puede crecer ninguna hierba, ni abrirse ninguna flor, y la cosecha perece; así el alma no puede, sin la gracia, alcanzar ninguna virtud (S. Gregorio Magno).

– Así como la gracia sin la voluntad no hace nada, así tampoco la voluntad sin la gracia. Sucede como con la tierra, que nada germina cuando no recibe la lluvia, ni la lluvia produce cosa alguna si no cae sobre la tierra (San. J. Crisóstomo).

– Como la tinta para la pluma, es la gracia del Espíritu Santo necesaria para escribir en el alma las virtudes (Santo Tomás). Toda obra buena se hace, por tanto, *juntamente* por el Espíritu Santo y nuestra voluntad libre (1 Cor. 15,10).

Dios da a todos la gracia actual, ya sean herejes, incrédulos o grandes pecadores. Estos textos bíblicos lo confirman:

– *Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva* (Ez. 33).

– *Dios quiere que todos se salven y vengan al conocimiento de la verdad* (1 Tim. 2,4).

– *Dios quiere que todos vengan a penitencia* (2 Ped. 3,9).

Si Dios no quiere la muerte del pecador, si quiere que todos los hombres se salven, nece-

sariamente da a todos la gracia *suficiente* para que puedan salvarse. Esto quiere decir que tienen que «cooperar», correspondiendo a esas gracias,como lo hizo vg. San Pablo al decir: *«No yo, sino la gracia de Dios conmigo»* (1 Cor. 15,10). Por eso la Escritura nos amonesta: *«Hoy, si oís la voz de Dios* (que os llama a penitencia, a cambiar de vida), *no endurezcáis vuestro corazón en la maldad»* (Sal. 95,8). (La gracia nos es sumamente necesaria para hacer obras meritorias para la vida eterna, y para salvarse, porque el que muera en gracia de Dios se salva, y el que muera en pecado mortal se condena).

«Es de Dios el otorgar la gracia; pero es cosa tuya recibirla y conservarla» (S. Jerónimo).

(*¿Qué es la paz?* No es fácil definirla, como no es fácil decir qué es la salud. La paz y la salud se comprenden mejor cuando faltan, porque entonces reina la guerra y la enfermedad. La paz encierra bienestar, concordia, confianza mutua... La paz depende de nosotros, de que la queramos de veras poniendo los medios para lograrla. Primero hemos de procurar la paz interior, la vida de gracia o amistad con Dios, y luego con nuestros prójimos...).

Apártate del mal y haz el bien, busca la

paz y persíguela (Sal. 34,15). *Paz en la tierra a los hombres que ama el Señor* (Lc. 2,14). *La paz sea con vosotros* (Lc. 24,36).. *El Dios de la paz sea con todos vosotros* (Rom. 15,33). *Paz, paz al que está lejos y al que está cerca, dice el Señor... Los impíos son como un mar alborotado, que no pueden estar en calma, y cuyas olas remueven cieno y lodo. No hay paz, dice el Señor, para los impíos* (Is. 57,19-21).

La paz del cuerpo es el orden y consonancia de los miembros. La paz del alma en su parte inferior es el orden y calma de los apetitos. La paz del alma en su parte superior es la armonía del conocimiento y de la acción. La paz del cuerpo y el alma es la vida ordenada. La paz del hombre mortal con Dios es la obediencia que por la fe se presta a la ley eterna. La paz de los hombres (entre sí) es la concordia. La paz de la ciudad celestial es la ordenadísima y sobremanera armoniosa sociedad de gozar de Dios y gozar mutuamente en Dios. La paz de todas las cosas es la tranquilidad del orden (S. Agustín).

Dios ofrece la paz por medio de sus santos predicadores a todo el género humano, pero mientras unos la aceptan, otros la rechazan. Por lo que a nosotros toca, sacudamos el polvo

de nuestros pies y vayamos resueltamente al que ama la paz (S. Bernardo).

El Papa Pablo VI dijo: «La paz que el mundo necesita es un don divino... que no puede ser basada en una falsa retórica de palabras... La paz se apoya en la verdad, en la justicia, en la libertad, en el amor; pero hoy muchos de los que gobiernan la apoyan en la mentira, en armamentos destructores... Hablan de paz y no tendrán paz... Oremos por la paz. «*Bienaventurados los pacíficos,* los constructores de la paz»...

24. Vive con fe, esperanza y caridad

Ahora permanecen estas tres virtudes, la fe, la esperanza y la caridad; pero la mayor o más excelente de todas es la caridad (1 Cor. 13,130.

El ejercitarse el alma en la fe, esperanza y caridad, la hace capaz de recibir las cosas venideras... El templo de Dios (en el alma)... se funda por la fe, se construye por la esperanza, se termina por la caridad (S. Agustín).

Sin caminar de veras por el ejercicio de estas tres virtudes, es imposible llegar a la perfección de amor con Dios... Las virtudes teolo-

gales tienen por oficio apartar al alma de todo lo que es menos de Dios, lo tienen consiguientemente de juntarla con Dios (San Juan de la Cruz).

Tres cosas se requieren para que el hombre rinda culto religioso a Dios, es a saber: fe, esperanza y caridad (San Isidoro).

La fe es una virtud por la que creemos o tenemos por verdad lo que no vemos. *(Fe humana* es la que se funda en la palabra de otros hombres, y *fe cristiana o divina* es la que se funda en la palabra de Dios, es decir, nosotros creemos *por la autoridad de Dios* las verdades que Él nos ha revelado, como son la existencia del cielo, el perdón de los pecados, la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, etc.).

La fe es el fundamento sólido de todas las virtudes (San Ambrosio). (Lo primero de todo es creer en Dios, porque si no tengo fe o creo en Él ¿cómo he de esperar en Él y amarle?). La fe cree, la esperanza y la caridad oran. Mas no pueden estar sin la fe; por tal motivo también la fe ora (San Agustín).

Creer en Dios es tener por cierto su existencia y cuanto Él nos ha dicho o sea, sus verdades reveladas, pues si creemos en la palabra

de un hombre sabio y veraz, ¡cuánto más no debemos creer en la palabra infalible de Dios! Y hoy podemos leer las palabras de Dios en la Biblia. Por eso nos dicen los Santos Padres con el Concilio Vaticano II: «Cuando tú lees la Biblia, Dios te habla».

La fe proviene de oír la predicación del Evangelio o Palabra de Dios. Así nos lo dice San Pablo: *Todo el que invocare el nombre del Señor, se salvará, mas ¿cómo podrían invocar el nombre del Señor tantos gentiles, cómo podrían creer en Él, si de Él nada han oído hablar? La fe proviene de oír el Evangelio, y el oír depende de la predicación de la palabra de Cristo* (Rom. 10,13-17).

La fe es necesaria para salvarnos. Lo dicen claramente estas palabras de Jesucristo: *«Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura, el que creyere y fuere bautizado se salvará...»* (Mc. 16,15). *Sin la fe es imposible agradar a Dios* (Heb. 11,6).

Los cristianos viven con la esperanza firme de conseguir el cielo o vida eterna, porque Dios omnipotente y bueno nos la ha prometido, y porque *Él es fiel en sus promesas y no miente* (Tit. 1,1-2). *Esta es la promesa que Él nos hizo, la vida eterna* (1 Jn. 2,25).

Nuestra vida es pura esperanza, después será gloria eterna... Mantengámonos firmes en la esperanza, porque es fiel el que la ha prometido (Heb. 10,23). *El que espera en Dios es feliz* (Prov. 16,20).

El cumplimiento de los mandamientos es camino seguro para ir al cielo. Jesucristo nos lo dice: *«Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos». «Los justos irán a la vida eterna»* (Mt. 19,17; Mt. 25,46). La felicidad del cielo es indescriptible: *«Ni el ojo vio ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman* (1 Cor. 2,9).

Dios es caridad (1 Jn. 4,18). *Dios es amor. «Nosotros existimos porque Dios es bueno y nos ama»* (San Agustín). *Por su voluntad existen y fueron creadas todas las cosas* (Apoc. 4,11).

Dios nos creó no para aumentar su felicidad o añadir algo a sus perfecciones, sino para hacernos a nosotros felices (Conc. Vaticano I). (Dios es eternamente feliz y no necesita nada de nosotros).

La caridad es paciente, es benigna; no es envidiosa, no se vanagloria ni se ensoberbece,

no busca su propio interés, no se irrita, no tiene cuenta del mal que recibe, no se goza de la injusticia..., todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta... La caridad nunca se acababa (L Cor, 13).

Ninguna cosa hay mayor en este mundo como el alma que tiene caridad... *Ama y haz lo que quieras;* si callares, calla por amor; y si perdonares, perdona por amor; y si castigares, castiga por amor, porque lo que por este amor se hace es meritorio delante de Dios (S. Agustín).

El amor a Dios es el primero en orden a precepto; el amor al prójimo es el primero en orden al obrar (San Agustín).

Amar al prójimo por caridad, es amar a Dios en el hombre, o al hombre en Dios, es querer a Dios por su mismo amor, y a la criatura por amor de Dios (S. Fco. de Sales).

La caridad es la mayor de todas, porque el que ama, cree también y espera. En cambio, el que no ama, por muchas obras buenas que haga, trabaja en vano (San Isidoro).

El amor de Dios se compara a la muerte (según lo del Ct. 8,6) *«el amor es fuerte como*

la muerte», porque así como la muerte separa violentamente el alma del cuerpo, así también el amor de Dios arranca violentamente al hombre del amor mundano y carnal (San Isidoro).

Cuando Jesús dice: *«Amarás a tu prójimo como a ti mismo»* (Mt. 22,39), en la palabra «prójimo» se incluyen todos nuestros semejantes: amigos y enemigos, los que nos persiguen y calumnian... *«Amad a vuestros enemigos... Si no perdonareis, Dios no os perdonará»*. Así lo decimos en el Padrenuestro: *«Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos...»*. (También hemos de amar a los pecadores y criminales, sabiendo distinguir entre el pecado y el pecador. «Dios odia infinitamente el pecado, pero ama infinitamente al pecador», y siempre hay esperanza de que se convierta...).

Lo que hace brillar más el amor de Dios hacia nosotros, es que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros (Rom. 5,9). *Nos amó y se entregó a Sí mismo por nosotros* (Ef. 5,2).

Vuestra caridad sea sincera, aborreciendo el mal, adhiriéndonos al bien, amandoos los unos a los otros con amor fraternal, honrándoos a porfía unos a otros... No os dejéis vencer

del mal, antes bien venced al mal con el bien (Rom. 12,9 ss).

25. Estima en mucho los santos sacramentos

Los sacramentos son la principal fuente de santificación de que dispone la Iglesia de Jesucristo. Son canales por donde nos llega la gracia. Por medio de ellos se ve que profesamos nuestra fe y la hacemos notoria a la vista de los hombres (Cat. Rom).

¿Quién es el autor de los sacramentos sino nuestro Señor Jesucristo? Del cielo vinieron estos sacramentos; porque todo consejo de la Providencia del cielo viene (San Ambrosio).

El soldado abrió su costado, para que estuviese abierta, por decirlo así, la puerta de la vida, allí donde manaron los sacramentos de la Iglesia, sin los cuales no se puede entrar en la vida verdadera (San Agustín).

Ocupa el primer lugar entre los sacramentos el santo bautismo, que es la puerta de la vida espiritual... La materia de este sacramento es el agua verdadera y natural, tanto fría como caliente. La forma es: *«Yo te bautizo en*

el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Conc. Florencia).

Nadie sube al reino de los cielos, a no ser por el sacramento del bautismo (San Ambrosio). *«Quien no renaciere del agua y del espíritu, no puede entrar en el reino de los cielos* (Jn. 3,5). *El que creyere (el Evangelio) y fuere bautizado se salvará* (Mc. 16,16). (El primero y más necesario de todos los sacramentos es el bautismo).

Nuestro Salvador en la última Cena, la noche que le traicionaban, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y sangre bajo los signos de pan y vino (SC. 47).

El Señor Jesús en la noche en que fue entregado, tomó el pan y después de dar gracias, lo partió y dijo: ESTO ES MI CUERPO, que será entregado por vosotros. Y asimismo, después de cenar, tomó el cáliz diciendo: éste es el cáliz de la nueva alianza en mi sangre. Haced esto en memoria mía (1 Cor. 11,23-26).

Quien come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor... pues el que sin discernir come y bebe el cuerpo del Señor, como y bebe su condenación (1 Cor. 11,27-29). (El que se acerque

a comulgar debe hacerlo bien confesado si estuviera en pecado mortal, o sea, en gracia de Dios).

El pan que veis en el altar, consagrado por la palabra divina, es el cuerpo de Cristo. El cáliz, es decir, el contenido del cáliz, consagrado por la palabra divina, es la sangre de Cristo (San Agustín).

Es cosa buena y sumamente útil comulgar diariamente y participar del cuerpo y sangre de Cristo, ya que Él mismo dijo claramente: *Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna* (Jn. 655). Porque ¿quién duda que el participar continuamente de la vida no es otra cosa que vivir con sobreabundancia? (San Basilio). (El pan ordinario es el alimento del cuerpo, y el pan eucarístico es el alimento del alma).

El pecado de los que reciben indignamente este sacramento es semejante al de aquellos que dieron muerte a Cristo; porque uno y otro pecado se cometen contra el cuerpo de Cristo (Santo Tomás).

Confiésate humilde y devotamente con frecuencia,... aunque en tu conciencia no sientas rastro de pecado mortal, porque por la confe-

sión no sólo recibirás la absolución de los pecados veniales que confesares, sino también una gran fortaleza, para evitarlos en adelante; una gran luz para discernirlos bien; y una gracia abundante para deshacer el daño que te hubieras causado (S. F. de Sales). (Los pecados veniales no impiden la comunión, y hasta se puede comulgar vg. un mes seguido sin confesarse, pero conviene no diferir mucho la confesión, porque ella nos da fuerzas y recibimos mayores gracias para vencer las tentaciones y no enfriarnos en la vida de piedad).

Los sacerdotes recibieron una potestad que no otorgó Dios a los ángeles ni a los arcángeles, porque no les fue dicho a estos: *Lo que atareis...* (S. J. Crisóstomo) (a ellos se les dio el poder de perdonar y consagrar...).

Dios no hace distinción, ya que a todos prometió su misericordia, y concedió a sus sacerdotes el poder de perdonar sin imponer excepción (S. Ambrosio).

El Mediador entre Dios y los hombres, el Hombre Cristo Jesús dio a los sacerdotes de la Iglesia esta potestad de imponer penitencia a los que confiesan sus pecados, y admitirlos, después de purgar los pecados con satisfacción saludable, a la comunión de los sacramentos

por al puerta de la reconciliación (San León Magno).

Ningún pecado puede ser tan grande, que no sea infinitamente mayor la misericordia de Dios para perdonarle (La Puente). (La misericordia de Dios es mayor que nuestras miserias).

26. Reflexionemos: ¿A dónde caminamos?

Somos peregrinos y viajeros sobre la tierra (Heb. 11,13). Como huéspedes y peregrinos debemos morar interinamente acá abajo (San Cipriano),

El hombre ha de ir a la casa de su eternidad (Ecl. 12,5).

Por la misericordia de Dios no sabe el hombre cuando ha de morir. No conoce su último día, para que aproveche bien todos los días... Solamente la muerte es cierta; incierta la hora (San Agustín).

Quiso nuestro Creador que desconociésemos el día de nuestra muerte, para que ignorándolo siempre, lo creyésemos siempre próximo; y así obrase cada uno con tanto mayor fer-

vor cuanto más incierto es el momento en que ha de ser llamado de esta vida... Tal como salga cada hombre de esta vida... se presentará en el juicio (San Greg. Magno).

Si buscamos bienes, amemos los que poseeremos sin fin. Si tememos los males, temamos aquellos que los réprobos padecen sin fin... Usa de las cosas temporales, desea las eternas; aprovecha las cosas temporales por el camino, anhela las eternas para cuando llegues al término (S. Greg. Magno).

¿Años eternos? ¡Qué alta meditación! Tal meditación pide un silencio grande. Debe estar lejos de todo estrépito exterior, de todo tumulto de las cosas humanas el que quiera meditar en esos años eternos... Pesa mil años frente a la eternidad; ¿qué supone todo lo finito frente a lo infinito? Diez mil años, decenas de centenares de miles, y miles de miles, todo cuanto tiene fin no puede compararse con la eternidad (San Agustín).

No es largo lo que tiene término, y todos los siglos finitos cotejados con la eternidad sin fin, deben considerarse, no ya exiguos, sino sencillamente nada (San Bernardo).

El número de los días del hombre, a más ti-

rar, son cien años, y, comparados con la eternidad, son menos que una gota de agua comparada con todo el mar (Eclo. 18,8).

Al dejar este mundo, no puede haber ya penitencia, de nada sirve la satisfacción. Aquí, en la tierra, se pierde o se gana la vida eterna; aquí se provee para ganar la salud eterna mediante el culto de Dios y el fruto de la fe (San Cipriano). El que no se purificare en este mundo, no podrá ser limpio en el otro (San Ambrosio).

No es cosa grande vivir mucho tiempo, o vivir siempre; pero lo es vivir felizmente... El premio que da Dios mismo... Nuestra alegría, nuestra paz, nuestra tranquilidad, el fin de todas nuestras molestias, es Dios... El que quiere ser feliz, encamínese presuroso al reino de los cielos. Este no está cerrado sino para aquel que quiera excluirse él mismo (San Agustín).

No hay otro bien con que la criatura racional e intelectual pueda ser enteramente feliz sino Dios... Nos hiciste para ti e inquieto está nuestro corazón mientras no descanse en Ti (Id.).

Creemos con verdad la resurrección de los

muertos y esperamos las alegrías del futuro siglo (Conc. Toledo XI. Dz. 287).

Definimos además que por disposición de Dios las almas de los que mueren en pecado actual bajan inmediatamente después de la muerte a los infiernos, donde son atormentadas con penas infernales, y además en el día del juicio comparecerán todos los hombres con sus cuerpos ante el tribunal de Cristo, a dar cuenta de sus acciones *«para que cada uno reciba el pago debido a las buenas o malas acciones que habrá hecho mientras ha estado revestido de su cuerpo»* (2 Cor. 5,10) (Benedictus Deus: Dz. 531).

Todo cuanto tiene fin es breve... Estás en camino, esta vida es una posada. Usa del dinero como usa de la mesa, de la copa, de la orza, de la cama el viajero en la posada, sabiendo que ha de proseguir su camino, y no se quedará allí (San Agustín).

¿Qué provecho, qué utilidad tiene el desear continuamente cosas que si no nos abandonan, han de ser abandonadas? (San León Magno).

27. No peques, no seas blasfemo...

El pecado es la transgresión de la ley de Dios (1 Jn. 3,4). Pecado es lo que se hace, dice o desea en contra de la ley divina (S. Agustín).

Como Dios es el sumo Bien entre todas las cosas que deben ser amadas, es también el pecado el sumo mal entre todas las que deben ser aborrecidas (Cat. Rom).

¿Has pecado? No vuelvas a pecar más. Como de la serpiente huye del pecado, porque si te acercas te morderá (Eclo. 21,2-4). *El que comete el pecado es esclavo del pecado* (Jn. 8,34).

El pecado es la causa de todos los males... No podéis dejar de hacer caso de vuestras culpas, so pretexto de que sean leves; porque las gotas de agua acaban por llevar los ríos y por arrastrar las rocas y los árboles con sus raíces (San Agustín).

De los males humanos ninguno es grave, sino el pecado; no la pobreza, no la enfermedad, no la contumelia, no la calumnia, no la ignominia, ni la muerte, que parece sea el último de los males. porque todos los nombres de calamidades, para quienes discurren sólo son

nombres vanos; mas la calamidad verdadera es ofender a Dios y hacer alguna cosa contraria a su beneplácito (S. J. Crisóstomo).

No hay cosa peor que la blasfemia... Si oís a alguno blasfemar cuando pasáis por la calle, le debéis reprender, y si es persona que depende de vosotros, castígale si es menester; santificad de este modo vuestra mano, y si os delata a la justicia, y os hace comparecer en juicio para que os castiguen por la ofensa que habéis hecho, entrad con valor y responded con entereza, que no pudísteis sufrir que vomitase blasfemias contra el Rey de los Angeles. Pues si los que dicen injurias contra el rey de la tierra son dignos de castigo, ¿cuánto más lo merecerán los que ultrajan al Rey del cielo? (S. Crisóstomo).

Dios destruye las ciudades en castigo de los pecados de sus habitantes; si éstos, pues, cesaren de pecar, se conservarían sus ciudades. ¿De qué sirve huir de vuestra patria? Lo mejor será si queréis, huir de las culpas (San Ambrosio).

En la Antigua Ley está escrito: *«Muera sin remedio el que blasfemare el nombre del Señor»* (Lev. 24,16). *Dios no dejará sin castigo al que tomare en vano su nombre* (Ex. 20,7; Eclo. 23,10).

San Jerónimo oyendo a uno que blasfemaba, le respondió, y como le preguntase porque se metía con él, le dijo: «Los perros ladran en defensa de sus amos, y ¿me callaría yo cuando oigo blasfemar el santo nombre de Dios? ¡Podré morir, pero no callar!». (Para contrarrestar la blasfemia, digamos: «Alabado sea Dios»).

Jamás la enormidad de vuestros delitos os precipite a desesperar del perdón, porque una misericordia grande es capaz de borrar las mayores culpas (San Jerónimo). Entretanto que alguno vive nadie desespere de su salvación (S. Agustín).

Los que blasfemaron del Espíritu Santo o de la divinidad de Cristo, diciendo: «Por arte de Belcebú, príncipe de los demonios, echa él los demonios, no obtendrán perdón ni en este siglo ni en el futuro. Mas hay que observar que Cristo no dijo que no se dará la remisión al que blasfemare pero luego hiciere penitencia, sino al que blasfemare y perseverase en la blasfemia; porque la penitencia condigna cancela todos los pecados (San Atanasio). (El blasfemo tiene un cómplice, y es éste el que oye blasfemar y no protesta).

28. Teme a Dios y guarda sus mandamientos

Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el hombre todo (Ecl. 12,13). (Esta es su razón de ser, para esto ha sido creado).

Dios imprimió sus mandamientos en la conciencia de todo hombre al hacerle inteligente y libre (Rom. 2,14-15). Los promulgó en el monte Sinaí (Ex. 20) y Jesucristo los confirmó, al decir: *«No he venido a abrogar la ley, sino a perfeccionarla»* (Mt. 5,17).

Dios dice: ¡Oh, si siempre me temieran y guardaran mis mandamientos, para ser siempre felices ellos y sus hijos! (Dt. 5,29).

Ved; Yo os pongo hoy delante bendición y maldición: la bendición, si cumplís los mandamientos de Yahvé, vuestro Dios..., la maldición si no los cumplís (Dt. 11,26-28).

Si uno guarda toda la ley, pero quebranta un solo mandamiento, se hace reo de todos (Sant. 2,10).

La causa de que por quebrantar un mandamiento, uno se haga reo de todos, es porque todos los mandamientos están enlazados entre

sí y forman un todo, de suerte que no es posible se sostenga uno sin el otro (S. J. Crisóstomo). (Sucede como en un puente, por el cual no se puede pasar, si se derriba uno solo de sus diez pilares).

Nuestro Dios es el Dios personal..., rey y último de la historia del mundo... Este Dios ha dado sus mandamientos de manera soberana, mandamientos independientes de tiempos y espacio, de región y raza. Como el sol de Dios brilla indistintamente sobretodo el género humano, así su ley no reconoce privilegios ni excepciones (Pío XI).

Si alguno dijere... que los diez mandamientos de Dios no están en vigor para los cristianos, sea anatema (Conc. Trento).

Tres cosas son necesarias para la salvación del hombre: la ciencia de lo que ha de creer; la ciencia de lo que ha de desear, y la ciencia de lo que ha de obrar. Lo primero se enseña en el Credo... lo segundo en el Padrenuestro, lo tercero en los Mandamientos... (Santo Tomás).

Teme al Señor y guarda sus mandamientos. Ahora bien, si guardares los mandamientos de Dios, serás poderoso en toda acción y tu acción será incomparable, porque temiendo al

Señor, todo lo harás bien. Este es el temor que has de tener y te salvarás... (Herm. Past.).

Si vosotros obedecéis los mandamientos que yo os prescribo, amando a Yahvé, vuestro Dios, y sirviéndole con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma, yo daré a vuestra tierra la lluvia su tiempo, la temprana y la tardía, y tu cosecharás tu trigo, tu mosto y tu aceite. Yo daré también hierba en tus campos para tus ganados, y de ellos comerás y te saciarás (Dt. 11,13-15). *Y si los guardáis, sembraréis poco y recogeréis mucho. Por el contrario, si no los obedecéis, malditos seréis en la ciudad y en el campo..., sembraréis mucho y cosecharéis poco...* (todo os irá mal) (Dt. 28 y Lev. 26).

(La felicidad eterna será también el fin o término del cumplimiento de la Ley de Dios): *Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos* (Mt. 19,17).

A modo de artífice fabricó la misericordia de Dios en sus mandamientos un espejo, en que el hombre puede contemplar la efigie de su propia mente y reconocer si es o no semejante a la imagen de Dios (San León Magno).

Ninguno hay que no experimente tener impresa por Dios en su alma una ley por la cual

pueda discernir lo bueno de lo malo (Rom. 2,14-15)... Y como la fuerza y condición de esta ley no es diversa de la que está escrita, ¿quién se atreverá a negar que Dios es el autor de la ley escrita, así como lo es de la interior? (Cat. Rom).

(Porque del cumplimiento de los mandamientos de Dios depende la felicidad, temporal y eterna de los pueblos, veamos como se los inculcó ya en la Antigua Ley a Israel):

«Oye, Israel: Yahvé es nuestro Dios, Yahvé es único. Amarás a Yahvé tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu poder, y llevarás muy dentro del corazón todos estos mandamientos que yo hoy te doy. Incúlcaselos a tus hijos, y cuando estés en tu casa, cuando viajes, cuando te acuestes cuando te levantes, habla siempre de ellos. Atalos a tus manos (como si fueran una pulsera) para que te sirva de señal (de constante memorial); póntelos en la frente, entre tus ojos, escríbelos en los postes de tu casa y en tus puertas.

(Con estas imágenes, dichas en sentido metafórico, era para recordarles la obligación de servir a Dios en todo tiempo y lugar, y por eso les añade): *Guardad con gran cuidado los mandamientos de Yahvé, vuestro Dios... Haz lo que es bueno y recto a sus ojos para que seas*

dichoso... Ponerlos por obra como Él nos lo ha mandado (Dt. 6,4, ss).

29. No vivas en pecado. Conviértete al Señor

Si el justo se aparta de la justicia y comete iniquidad, obrando según todas las abominaciones que comete el impío, ¿por ventura vivirá? Todas las obras justas que había hecho se darán al olvido; por las prevaricaciones que cometió y por el pecado que perpetró, por ellos morirá (Ez. 18,24).

¿No sabes que los que viven en pecado, aunque vivan, están muertos? Y que los que están en gracia, aunque murieran, viven? Y esta no es doctrina mía; es sentencia de Cristo que dice a Marta: *Quien cree en Mí, aunque hubiere muerto, vivirá* (Jn. 11,25) (S. J. Crisóstomo). (Vivir en pecado es ¡vivir sin vida! El pecado mortal mata al alma. No seas cadáver ambulante).

Tenemos un miedo pueril, cuando tememos la muerte y no tememos el pecado. Los niños pequeños temen los gusanos y no temen el fuego; y si se los acerca a una lámpara encendida, inconsideradamente extienden la mano hacia la lámpara, hacia la llama; mien-

tras que se horrorizan de un despreciable gusano, temen el fuego, que es para ser temido. De un modo análogo también nosotros tememos la muerte, que es gusano digno de desprecio, y no tememos el pecado, con ser de temer en verdad, y que devora la conciencia como un fuego (Id.).

Si digo al justo que vivirá, y él, confiando en su propia justicia, comete maldad, todas sus buenas obras serán echadas al olvido y por la maldad que ha cometido morirá (Ez. 33,13).

A los condenados les espera una muerte sin muerte, un fin sin fin, un perecer sin perecer, porque la muerte vive, el fin siempre empieza, el perecer no sabe perecer (S. Greg. Magno).

Convertíos a Mí y seréis salvos..., porque Yo soy Dios y no hay otro (Is. 45,22). Conviértete al Señor y deja los pecados. Suplícale y enmienda las ofensas. Conviértete al Altísimo y apártate de la iniquidad, y aborrece de corazón todo lo abominable (Eclo. 17,21-23).

Convertíos, pecadores, y predicad la justicia delante de Dios, y creed que usará de misericordia con vosotros (Tob. 13,8). *Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva* (Ez. 18,23). *Él hace como que no ve nues-*

tros pecados por esperarnos a penitencia (Sab. 11,24).

Mañana, dices, cambiaré de vida y viviré bien. Dios te prometió indulgencia; pero nadie te prometió el día de mañana. Si has vivido mal hasta ahora, empieza a vivir bien hoy mismo (San Agustín).

¡Qué terrible es vivir en pecado y así llegar a la hora de la muerte!

No puedo menos de referir un caso que tuvo lugar una noche de Carnaval en Madrid. Yo lo supe como un hecho comprobado en los días que sucedió:

En aquella noche de Carnaval, un joven pregunta por el *Padre Rubio.* Es urgente, para confesar a un moribundo. ¿En dónde vive? El desconocido tarda en decir la dirección. Al fin, la dice. Don Carlos Villameriel, que está presente, frunce el ceño, se vuelve al P. Rubio, y le dice: «Padre, esa casa... ¡Es una casa mala!». La contestación: «A cualquier parte iré yo con tal de salvar un alma. ¡Acompáñame!».

En el cuartucho de la casa pública está preparada ya la celada. ¡Qué campanada sonará mañana en Madrid, cuando se divulgue la fotografía del «santo Padre Rubio» sorprendido en plena juerga en una casa de prostitución!

Tres muchachos tramaron la broma. En un rincón, disimulada está la cámara fotográfica y la lámpara de magnesio para el fogonazo en el momento oportuno. Los muchachos echan suerte: uno de ellos ha de acostase y fingirse enfermo. Cuatro meretrices están escondidas en un rincón, para surgir en el momento oportuno.

Se corre la cortina de la alcoba. El enfermo fingido ya

se ha tumbado. Entra el P. Rubio. «¿Dónde está el enfermo?». «Aquí, Padre; está muy malo, ¿sabe usted? Y el pobre se quiere confesar...». El P. Rubio se acerca a la cortina. En un rincón una mano enciende ya un fósforo para inflamar el magnesio. Pero el P. Rubio, sin tocar la cortina, se encara con los que le han llamado, y exclama: ¿Por qué me han llamado tan tarde? El muchacho ha muerto ya». «No, Padre...». Uno de los muchachos descorre la cortina y toca al falso enfermo: «Oye tu, ¿verdad que te quieres confe...». Un escalofrío le ha corrido de pies a cabeza. Sí, está muerto. Con los ojos, dilatados por el terror, clavados en el cielo... ¡Ay de los que se mofan de las cosas santas!... Tarde o temprano tendrán su castigo. ¡De Dios nadie se ríe!...

30. Oremos para vivir más unidos a Dios

Se separa de Dios quien no está unido con Dios por medio de la oración (S. Grego. Niseno).

La oración es una conversación, una plática con Dios (S. J. Damasceno). La oración es dirigir la palabra a Dios; cuando lees (la Sgrda. Escritura) Dios te habla; cuando oras hablas tú a Dios... La oración es la inclinación afectuosa de la mente hacia Dios (S. Agustín).

Oración es hablar con Dios como hablaríamos con un hombre (Santo Cura de Ars). Oración es ponerse un alma ante su Dios, y Dios

ante ella; mirando Dios con ojos de misericordia al alma y ella con ojos de humildad a Dios...» (San Simón de Rojas). Oración es todo esto, verse un alma con Dios a solas, sentadas a sus pies, oyendo las lecciones que le lee, y recibiendo la doctrina que le da: y un pedir y llamar, no a las puertas de los hombres, sino a las del riquísimo Dios... (Santa Teresa de Jesús).

La oración es «elevación de la mente a Dios», es despegar el alma de la tierra y elevarla hacia Él». La oración es unión con Dios» (Juan Gersón).

No empieces tu oración con mala conciencia (Didaché). El pecado es un peso sobre la oración y no la deja acercarse a Dios. Y tanto más pesa, cuanto más reprochable es la vida de quien suplica. En cambio la oración de los inocentes sube (San Ambrosio).

Sé mendigo de Dios... No presta atención a los labios sino al corazón; no a la lengua sino a la vida de quien le alaba... El que quiere ser escuchado de Dios, escuche primero a Dios (San Agustín).

Escucha a Dios en sus mandamientos, para que Él te escuche en tus oraciones (S. J. Crisóstomo).

Ineficaz es la petición, si es estéril la oración... Oración acepta y familiar es la que se dirige a Dios con sus propias palabras, acercándonos a sus oídos con la oración de Cristo... ¿Cómo puedes exigir que Dios te escuche, si tú no le escuchas a Él? ¿Quieres , al orar, que Dios se acuerde de ti, y ni siquiera tú te acuerdas de ti mismo? (San Cipriano).

El que quiere ser escuchado de Dios, escuche primero a Dios... No te escucha según tu voluntad, sino para tu salvación... Algunas cosas no nos son negadas sino demoradas, y nos serán concedidas en el tiempo oportuno.

Todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama se le abrirá (Mt. 7,8). *Si algo pidiereis en mi nombre, yo lo haré* (Jn. 14,14).

Si no somos escuchados, ello se debe a que no pedimos con perseverancia o no pedimos lo que más redunda en nuestra salvación... Se creían invocar a Dios, y lo que pedían eran heredades, abundancia de dinero, vida larga, otros bienes temporales. ¿Qué dice de ellos la Sagrada Escritura? No han invocado al Señor (San Agustín).

Este es el camino para ser escuchados: pri-

mero, ser dignos de recibir; segundo, orar como lo manda Dios; tercero, orar con constancia; cuarto, no pedir cosas terrenales; quinto, buscar cosas saludables; sexto, hacer cada cual lo que esté de su parte... Persevera y serás escuchado (S. J. Crisóstomo).

Vuestras iniquidades han hecho una separación entre vosotros y vuestro Dios; vuestros pecados le han hecho volver su rostro de vosotros para no escucharos (Is. 59,2). *Si permanecéis en Mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que quisiereis y se os dará* (Jn. 15,7).

La oración fiel, humilde y fervorosa, sin duda penetra los cielos, de los cuales nunca volverá vacía (S. Bernardo). La oración que se apoya en obras de piedad es la más eficaz para ser oída de Dios (San León Magno).

Oremos y alabemos a Dios. La lengua se nos ha dado para que alabemos a Dios... Cuando alabéis al Señor, alabadle siempre en la luz; no en las tinieblas del pecado, sino en la luz de las virtudes (S. Jerónimo).

Tu lengua alaba Dios a ciertas horas, alábele siempre tu vida... Te sugiero un remedio para alabar, si quieres, todo el día a Dios. Haz

bien cualquier cosa que hagas, y habrás alabado a Dios. Si Dios quiere que le alabemos es para nuestro bien... No crece Dios con nuestras alabanzas, sino que crecemos nosotros. No se hace mejor Dios si le alabas; ni peor, si le vituperas; pero tú alabándole a Él que es bueno, te vuelves mejor; y vituperándole, te vuelves peor; Él seguirá siendo bueno como lo es ahora (San Agustín).

Alabad al Señor todas las naciones, alabadle todos los pueblos, porque su misericordia se ha confirmado sobre nosotros, y la verdad del Señor permanece para siempre (Sal. 117).

Grande es el Señor y digno de toda alabanza (Sal. 96,4). *Digno eres, Señor y Dios nuestro de recibir la gloria, el honor y el poderío, porque... por tu voluntad existen y fueron creadas todas las cosas* (Apoc. 4,11).

El que se porta bien, ora sin cesar; su vida es una continua oración (San Basilio). *Es preciso orar siempre y no desfallecer*(Lc. 18,1).

La oración, arma de apostolado. Escucha, Señor, la oración de tus siervos... a fin de que todos los moradores de la tierra conozcan que tu eres Dios por los siglos (Eclo. 36,18-19). *Orad por los cristianos y por mi también* (Ef.

6,18). *Orad por nosotros para que la palabra de Dios se difunda y sea tenida en honor como lo es entre vosotros, y para que seamos libres de los hombres malvados y perversos, porque no todo tienen fe* (2Tes. 3,1-2).

Porque el hombre en estado de gracia cumple la voluntad de Dios, es propio de la amistad que Dios cumpla la voluntad del hombre en la salvación de otro (Santo Tomás).

El protomártir San Esteban tenía la caridad como arma de combate... con la caridad intercedía por los que le apedreaban y por caridad pedía perdón por sus perseguidores (San Fulgencio).

Luego de terminar el espiritual e incruento sacrificio, sobre la misma hostia de propiación rogamos a Dios por la paz general de la Iglesia, por el buen gobierno del mundo, por los emperadores, por los soldados, amigos, enfermos, atribulados, y en general ofrecemos esta víctima por todos aquellos que tienen necesidad (S. Cirilo de Jerusalén).

Orar por otro es propio de la caridad... por lo cual así como debemos amar a los enemigos, debemos también orar por ellos... Debemos pedir en la oración lo que debemos de-

sear; y debemos desear bienes no solamente para nosotros sino también para los demás (Santo Tomás).

Imitemos a Dios. Si quiere que se salven todos los hombres, es necesario rogar por todos; si quiere que todos se salven, también tú debes quererlo; y si lo quieres, debes rogar; porque es propio de los que quieren el rogar (San J. Crisóstomo).

Cuando nos unimos en la oración es como si caminando por un terreno resbaladizo nos diéramos la mano (S. Greg. Magno).

Que se hagan súplicas, oraciones, rogativas... por todos los hombres (1 Tim. 2,1). *Rogad al dueño de la mies para que envíe obreros a su mies* (Mt. 9,38).

Si oramos de un modo recto y debido, no podemos decir otra cosa que lo que está contenido en esta oración dominical (o sea, en el padrenuestro) (S. Agustín). Solamente Dios pudo enseñar cómo quería ser rogado (Tertuliano). Os conviene para rezar bien el «Pater noster», no apartaros de cabe el Maestro que os lo mostró (Santa Teresa).

31. ¡Joven! Aprecia la virginidad. Ama la vida religiosa

Lo que no se siembra en la juventud, no se recoge en la vejez (Eclo. 25,5).. *«El adolescente,* según los Proverbios, *seguirá el camino que emprendió desde pequeño, y no se apartará de él siendo viejo»* (22,6). (¡Joven! ¿Qué camino vas a seguir tú? Pocas almas conocen el valor de la virginidad; los más siguen el camino corriente del matrimonio, porque a él le inclinan sus pasiones. yo pretendo darte a conocer el camino que siguen las almas religiosas consagradas a Dios, la belleza de la virginidad, y después te diré con Jesucristo: *«El que se sienta capaz de este don, ¡adelante!»*. ¿A quién vas a dar las primicias de tu vida, a Dios o al mundo?).

Multiplicado ya el linaje humano, no sólo no hay ley que obligue a casarse, sino que antes bien se encomienda muy mucho la virginidad, y se aconseja a todos en las Escrituras Sagradas, como más excelente que el estado del matrimonio, y que contiene en sí mayor perfección y santidad (Cat. Rom).

El Concilio de Trento dijo: Si alguno dijere que el estado del matrimonio se debe anteponer al de la virginidad, y que no es mejor y

más glorioso permanecer en virginidad o casta soltería que unirse en matrimonio, sea anatematizado (Ses. 24).

El Conc. Vaticano II, en el n.º 10 del Decreto «Perfectae caritatis»: «Téngase en sumo aprecio la castidad, que deja el corazón libre y disponible para las obras de apostolado».

«Ensalza, sí, el matrimonio, mas antes que el matrimonio la virginidad. El matrimonio es el perdón de la concupiscencia; la virginidad el esplendor; el matrimonio, el padre de los santos; la virginidad, un sacrificio; el matrimonio es la raíz de la virginidad, esposa de Dios; pero entre tanto es una servidumbre de la carne y de los ardores libidinosos» (S. Greg. Nazianceno).

«Pongo ante tus ojos la excelencia de la virginidad sobre el estado conyugal, para que todos juzguen por conciencia propia fundada no en mi humilde y falaz opinión, sino en la autoridad del Espíritu Santo, que por boca de su profeta dijo ser más noble la virginidad, que se hermana con la virtud... No condeno a la casada, pero alabo fervorosamente a al virgen, porque las más puras satisfacciones de aquella son como despreciable barro en comparación de las de ésta» (San Cipriano).

No todos son capaces de comprender esta doctrina (de decidirse a ser vírgenes), *sino aquellos a quienes es dado... Hay eunucos* (esto es, inhábiles o impotentes para el matrimonio), *que se hicieron tales a sí mismos por amor al reino de los cielos.* (Y concluyó el Señor): *El que sea capaz de seguir esta doctrina que la siga* (Mt. 19,11-12). (La palabra «impotentes para el matrimonio», quiere decir no impotentes en el cuerpo, sino en el espíritu, en cuanto que *voluntariamente se abstienen del matrimonio* para ser más gratos a Dios y por amor al reino de los cielos).

Doctrina expuesta por San Pablo (1 Cor. 7): *Quisiera que todos fueseis como yo* (San Pablo era soltero), *pero cada uno tiene de Dios su propio don, uno de una manera, otro de otra. Y a los solteros y a las viudas yo les digo: Es bien para ellos si permanecen como yo, mas si después no pueden vivir continentes, cásense, porque mejor es casarse que abrasarse* (en un fuego impuro).

Acerca de las vírgenes, no tengo precepto del Señor; mas doy mi consejo, como quien, por la misericordia del Señor es digno de fe. Juzgo que a causa de la inminente tribulación, es bueno para el hombre permanecer así. ¿Estás tu unido a una mujer? No busques el rom-

per esta unión. ¿Estás libre de mujer? No busques mujer. Con todo, si te casases, no pecas. Y si una virgen se casa, no peca; mas tales personas sufrirán en su carne tribulaciones, que yo quiero evitaros.

Esto, pues, quiero deciros, hermanos: el tiempo es corto; resta, por tanto, que los que tienen mujer, vivan como si no la tuvieran, y los que lloran, como si no llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen, y los que compran, como si no poseyesen; y los que disfrutan de este mundo, como si no disfrutasen, porque la apariencia de este mundo pasa.

Quiero, pues, que vosotros estéis sin preocupaciones. El que no tiene mujer anda solícito de las cosas del Señor y de cómo puede complacerlo; quien, en cambio, está casado, anda solícito de las cosas del mundo y cómo puede agradar a su mujer, así que permanece dividido. También la mujer no casada y la virgen piensan en las cosas del Señor, para ser santas en cuerpo y en espíritu; mas la casada se preocupa de las cosas del mundo y cómo poder agradar al marido. os digo estas cosas por vuestro bien, no por tenderos un lazo, sino en orden a lo que más conviene y os hace más constantes y sin distracciones en el servicio del Señor.

Si alguno, pues, cree que es un deshonor para su hija virgen el dejar pasar la edad núbil y estima necesario obrar así haga como quiera; no peca; cásense; mas quien está firme en su resolución, sin ser forzado y en pleno derecho de obrar según su voluntad y ha decidido en su corazón el mantener virgen la propia hija, hace bien. Así, pues, el que casa a su hija virgen, hace bien, y el que no la casa (siendo ella de este parecer), *hace mejor* (1 Cor. 7). Siendo la vida tan corta, interesa emplearla toda en el servicio de Dios.

Pío XII en la encíclica «Sacra Virginitas» nos dice: «No se puede contar la multitud de almas que desde comienzos de la Iglesia hasta nuestros días han ofrecido a Dios su castidad, unos conservando intacta su virginidad..., otros eligiendo una vida totalmente casta después de haber llorado sus pecados; mas todos conviniendo en el mismo propósito de abstenerse para siempre por amor a Dios, de los deleites de la carne».

La virginidad es la joya más preciosa de la Iglesia... y mientras el matrimonio puebla la tierra, la virginidad puebla el cielo (S. Jerónimo).

La virginidad no goza de la firmeza propia

de la virtud, si no nace del voto de conservarla siempre intacta (Santo Tomás y S. Buenaventura). No es que se honre a la virginidad por ella misma, sino por estar consagrada a Dios... y no alabamos a las vírgenes porque lo son, sino por ser vírgenes consagradas a Dios por medio de una piadosa continencia (S. Agustín).

No quieran, pues, las vírgenes adornarse ni agradar a nadie sino al Señor, puesto que se han consagrado a Cristo y, apartándose de la concupiscencia de la carne, se han entregado a Dios en cuerpo y alma (San Cipriano).

San Jerónimo escribiendo a una joven virgen, dirigida suya, le dice: «La gloria de la virginidad te sitúa entre los ángeles y coloca al mundo debajo de tus pies. No quiero que esta heroica resolución de ser virgen engendre soberbia en tu espíritu, sino temor. Andas cargada de oro, debes evitar los ladrones (estos son entre otros: las malas lecturas y las malas amistades, las conversaciones poco honestas, el baile, el cine poco bueno y otras diversiones. También los juegos, el trato con personas de diverso sexo...).

Jesucristo nos dice: *Velad y orad para no caer en la tentación. El espíritu está pronto, pero la carne es flaca* (Mt. 28,11). *Luego que*

llegué a entender que no podía ser casto sin la ayuda de Dios, acudí a Él y se lo pedí fervorosamente (Sab. 8,21). «Con la oración, la castidad está segura, sin la oración está en peligro» (San Greg. Nazianceno).

La pureza será conservada hasta en el siglo, si la disciplina está en vigor y se ejerce la vigilancia (Tertuliano). Para ser puro y casto se necesita el temor de Dios (San León M.). Contra la impetuosidad de la pasión impura emprended la fuga, si queréis conseguir la victoria... Además, sed muy humildes y recurrid a las llagas de Jesucristo (San Agustín).

El primer remedio contra el vicio es apartarnos mucho de aquellos cuya presencia es una tentación... Muchas personas eminentes en virtud han caído en el abominable vicio, y han perdido la más hermosa de las virtudes por creerse seguros. Nadie tenga demasiada confianza. Si sois santos, no por eso sois impecables (San Jerónimo). (Otros medios para conservar la pureza son: la devoción a la Santísima Virgen, la frecuencia de sacramentos: confesión y comunión, mortificación de los sentidos, presencia de Dios y fortificar la voluntad).

La castidad consagrada a Dios exige almas

fuertes y nobles, preparadas a luchar y vencer «por el reino de los cielos»... Para muchos la continencia perpetua sería un peso demasiado grave y no se le puede aconsejar (Pío XII).

San Ambrosio comentando a San Pablo dice que este apóstol aconseja con el ejemplo, porque la virginidad no es para mandada, sino para aconsejada y deseada, como cosa que sobrepuja las fuerzas humanas, y puede ser objeto de voto, pero no materia de precepto. (Y después de alabar la virginidad, añade): Esto no lo digo en menoscabo del matrimonio, sino a gloria de la virginidad cuyo estado es más excelente que el de los casados. mas no van contra él mis alabanzas a la santa virginidad, ni pretendo con ellas apartar del matrimonio a los hombres, sino mostrarles un don precioso, que por ser desconocido de muchas almas tiene pocos devotos en el mundo, al revés del matrimonio, que nadie ignora, buscan muchos, a todos es lícito.

La pureza es una perla preciosa y rarísima, y sin embargo es necesaria (S. Atanasio). Una virgen es un don de Dios –una hostia de pureza y víctima de castidad– que se sacrifica diariamente y aplaca a la ira divina (S. Ambrosio) y Orígenes afirmó que «cuerpo incontaminado es una hostia viva, una hostia gratísima al Señor».

(El ofrecimiento de la virginidad, para que sea grato a Dios y meritorio debe hacerse de un modo «libre y voluntario», solamente «por su amor y por el reino de los cielos»... La virginidad no es sólo una simple renuncia a los placeres impuros, sino una entrega total a Dios que hace un alma impulsada por su amor y en bien a sus hermanos, los hombres).

¡Oh, qué hermosa es una generación casta con esclarecida virtud! Su memoria es inmortal y llena de honor ante Dios y ante los hombres (Sab. 4,1). *Bienaventurados los limpios de corazón...* (Mt. 5,8).

32. Se apóstol del bien

El apostolado más eficaz e irremplazable es el de una vida santa y piadosa, que actúe con el ejemplo y la oración... (Pío XII). No basta ser buenos hay que ser apóstoles del bien con la palabra, con la oración, con el sufrimiento y sobre todo con el ejemplo. «Las palabras mueven, el ejemplo arrastra». la voz de las obras puede más que la de la boca (San Bernardo).

El que está al frente de los demás con su autoridad, debe estar al frente de ellos por sus

virtudes; es menester que les sirva de modelo y no tenga nada reprensible (San Isidoro).

Viviendo mal enseñáis, por decirlo así, a Dios cómo debe condenaros. Terrible juicio aguarda al que habla bien y obra mal. mandar y no ejecutar, es representar el papel de histrión y de hipócrita. Dios nos ha elegido para ilustrar; debemos ser modelos. Sea el esplendor de nuestra vida una escuela pública que enseñe a practicar todas las virtudes (S. J. Crisóstomo).

Es preciso renunciar a las obras de las tinieblas y vestirnos de las armas de la luz (Rom. 13,12), *porque nos hallamos ante las miradas del mundo, de los ángeles y de los hombres* (1 Cor. 4,9).

Prediquemos con el ejemplo y persuadamos con nuestras palabras (S. Atanasio).

Sólo podemos despreciar las palabras de aquel cuya vida no es edificante (Santo Tomás).

Las palabras que salen de un corazón frío (no caldeado en la oración) no podrán inflamar en deseos celestiales a los que las oyen (S. Greg. Magno).

La persuasión, el ejemplo y la abnegación son armas dignas de los hijos del Evangelio (San Bernardo).

Por el ejemplo de uno se corrigen muchos (San Ambrosio). Los hombres quieren más ejemplo que palabras, porque fácil es hablar, difícil obrar (Lactancio).

Los ejemplos son tanto más dignos de imitarse, cuanto más excelentes son en punto a piedad (San Agustín). El buen ejemplo es un argumento que no se puede contradecir (S. J. Crisóstomo).

El sufrimiento es el gran remedio para la salvación... No es gran desgracia la tribulación: gravísima es no corregirnos con los males que nos afligen (S. Greg. Nazianceno).

Bienaventurado aquel que padece la tentación (o tribulación) con paciencia, porque después que fuese probado recibirá la corona de la vida, que Dios ha prometido a los que le aman (Sant. 1,12).

Deseo dirigiros hoy, de modo particular a todos los enfermos para hacerles llegar, yo, enfermo como ellos una palabra de consuelo y de esperanza... Cuando inmediatamente después

de mi elección a la cátedra de Pedro, vine a hacer una visita al policlínico Gemelli dije que deseaba apoyar mi ministerio papal, en los que sufren. (Estas palabras las dijo el Papa Juan Pablo II cuando fue internado en este hospital porque unas balas enemigas atravesaron su cuerpo y exhortó a que uniesen sus dolores a los de Cristo Redentor).

Sed irreprensibles y sencillos como hijos de Dios, sin tacha en medio de una nación depravada y perversa, en donde resplandezcáis como lumbreras del mundo, manteniendo en alto las palabras de vida que yo os he predicado (Fil. 215).

Queridos míos: yo os suplico que llevéis una vida ajustada entre los gentiles, a fin de que, por lo mismo que os censuran como a malhechores, reflexionando sobre las obras buenas que observan en vosotros, glorifiquen a Dios en el día que los visitará (1 Ped. 2,11-12).

Jesucristo apeló a la fuerza del ejemplo: *«Ejemplo os he dado, para que como Yo he obrado, así obréis vosotros también» (Jn. 13,15). Él vino a salvarnos y darnos ejemplo de vida. Él se nos presenta en el Evangelio como ejemplo de todas las virtudes.*

El santo Concilio de Trento califica el buen ejemplo de «predicación continua», y San Gregorio Magno dice que «el que vive muy santamente es un gran doctor», que está enseñando a todos.

San Pablo exhorta a su discípulo Timoteo a que lleve una vida ejemplar y «sirva de ejemplo a los fieles en la palabra, en la conversación, en la caridad, en la fe y en la caridad» (1 Tim. 4,12). (Tengamos todos presente este consejo).

Así brille vuestra luz ante los hombres, de modo que vean vuestras buenas obras y alaben a vuestro Padre que está en los cielos (Mt. 5,16) (nuestras buenas obras deben ser vistas por los hombres, para que les sirvan de ejemplo y alaben al Padre celestial, pero no para que busquemos las alabanzas propias).

33. Se hombre de carácter

El precio del hombre es su voluntad (es decir, la voluntad es la que hace al hombre, pues de ella y no del entendimiento depende su valor (S. Agustín).

La firmeza de la voluntad es el secreto de

llevar a cabo las empresas más arduas (Balmes) (y eso tanto para ser virtuoso como para ser sabio).

La constancia no vacila por nada, ni teme por las amenazas, ni se inclina al placer, ni se deja vencer del fraude (San Bernardo).

En la tribulación, en la angustia, en las tentaciones, se fuerte... Se el mismo siempre en lo próspero y en lo adverso... Obstáculo para la firmeza es creerse inalterable (San Agustín) (Se hombre de carácter. El carácter es fuerza o energía constante de la voluntad en orden al bien. Supone un «quiero» robusto, fuerte y perseverante).

(Carácter es el arte de saber decir que *sí* o que *no* a su tiempo, es saberse oponer al mal, decir *no* a la pasión: pereza, ira, gula, sensualidad..., es constancia en el bien obrar. para vencer las pasiones fortifica tu voluntad).

Jesucristo nos enseñó el camino de la abnegación al decirnos: *El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame* (Mt. 12,24).

Tanto adelantarás en el bien cuanto sepas dominar tu voluntad (Kempis).

«No seas veleta, no empieces a cada momento algo nuevo, fíjate el objetivo y persíguelo hasta el fin... Donde millones de hombres se arredraron, allí empieza tu a trabajar... Yo quisiera que todo joven se metiera en la cabeza que puede y debe llegar a ser un hombre grande, sabio, instruido de carácter firme, mejor que otros muchos otros innumerables». Anímate, fortifica tu voluntad, se constante en seguir por el camino del bien, y esto lo podrás «con la ayuda de Dios», cual otro San Pablo, que estribaba no en solas sus fuerzas, y así decía: *«No yo, sino la gracia de Dios conmigo»* (1 Cor. 15,10).

Hoy especialmente el mundo tiene necesidad de hombres tenaces y animosos que miren a lo alto, como el alpino que escala la escarpada pared para alcanzar la cumbre y ni el abismo del precipicio que está debajo, ni la dura roca o el hielo adverso pueden detenerlo. No hay duda que por regla general no se logran grandes éxitos sin constantes sacrificios. Cada joven debe fijarse algún ideal grande para su vida... (Juan Pablo II).

San Francisco de Sales, con motivo de la canonización de San Francisco Javier, exclamó: «Ya es el tercer Francisco canonizado. Yo seré el cuarto». Y cumplió su palabra. Así se

forma el carácter. Hay que saber querer con decisión y constancia.

(El respeto humano, así como la pereza, es uno de los grandes obstáculos para ser virtuoso y hasta para ser sabio, y es necesario combatirlo. El respeto humano es esclavitud, cobardía y debilidad de carácter. «Ejercítate cada día en vencerte, aunque sólo sea en algo insignificante». Así lograrás ser hombre de carácter).

34. Habla bien y haz bien a todos

El que no peca con la lengua es persona perfecta (Sant. 3,2). *¡Dichoso el que no haya pecado nunca con su lengua!* (Eclo. 25,8).

Por la locuacidad incurrimos en pecado, sin poder evitarlo... Lo que debemos aprender ante todo es callar, para poder hablar (S. Ambrosio).

Se ha dado la palabra no para que los hombres se engañen mutuamente con ella, sino para que cada uno pueda comunicar al otro sus pensamientos (S. Agustín).

Las palabras vanas son índice de una vana conciencia, la lengua revela las costumbres del

hombre; y cual es el hablar tal demuestra ser el alma; por que *de la abundancia del corazón habla la boca* (Lc. 6,45)... No te excedas en el hablar... El río que se desborda pronto acumula lodo, el viento muy fuerte en el mar es peligroso, la cantidad excesiva de las lluvias puede causar daño, el hombre hablador tropieza... Aprende a decir no lo que te gusta, sino lo que conviene. Discierne que es lo que has de decir, y que es lo que ha de callar; y se discreto tanto en el hablar como en el callar (San Isidoro).

La muerte y la vida están en poder de la lengua (Prov. 18,21). *El que guarda su boca guarda su vida, el que mucho abre sus labios busca su ruina* (13,3).

En el mucho hablar no faltará pecado; el que refrena sus labios es sabio (Prov. 10,19). *Muchos caen al filo de la espada; pero muchos más cayeron por la lengua* (Eclo. 28,22).

El horno prueba los vasos del alfarero, la prueba del hombre es su conversación (Eclo. 27,6). *Antes de oírle hablar no alabes a nadie, porque la palabra es la prueba del hombre* (Eclo. 27,8). (La lengua revela el corazón del hombre. Por eso dijo Sócrates a un joven: «Habla para que te conozca»).

Para aprovechar en las virtudes, lo que importa es callar y obrar; porque el hablar distrae, y el callar y obrar recoge (S. Juan de la Cruz).

Maldice al murmurador y al de lengua doble, porque han sido la perdición de muchos que vivían en paz. La lengua maldiciente ha desterrado a muchos, y los arrojó de pueblo en pueblo (Eclo. 28,15).

El hombre debe ser pronto para escuchar, tardo para hablar, tardo para airarse (Sant. 1,19). *¿Has visto a un hombre que se precipita en sus discursos? Más se puede esperar del necio que de él* (Prov. 29,20).

¿Sabéis cuál es la causa de la murmuración? El respeto humano, la ligereza, la envidia... ¿Dijo uno mal de ti? No digas mal de él, siquiera para no imitarle. Si oyes murmurar de otro, puedes decir: «No le ama» (Gar-Mar).

No te preocupes de lo que dicen o dejan de decir. El *qué dirán*, mirado desde la eternidad se convierte en «lo que dijeron», es decir, a veces se convertirá en nada, pues no dijeron nada (Id.).

La garantía de que os escuchen, consiste en

decir mucho en pocas palabras. Si tenéis algo que decir, decidlo y no digáis más. Saber hablar es un don de muchos: saber callar, sabiduría de pocos; saber escuchar, sabiduría de poquísimos... No hablar nunca de si a otros y, por el contrario, hablarles siempre de ellos mismos, he ahí el arte de agradar. Todo el mundo lo conoce y todos lo olvidan.

No te canses de hacer el bien. Procura vencer el mal a fuerza de beneficios (Rom. 12,21).

El bueno no hiere a nadie, no injuria a nadie, no dice mal de nadie; todo lo contrario, dice bien de todos y a todos sirve (S. Buenaventura).

(Haz bien y no mires a quien, porque el que hace mal a otros, a sí mismo se lo hace y Dios no le bendice. Hacer mal es de corazones ruines... Hacer bien alegremente, es hacer doble bien... Si quieres atraerte la simpatía de los demás, interésate por ellos y olvídate de ti).

Haz fecunda tu existencia haciendo alegremente el bien.

Cuando veas a un hombre bueno, trata de imitarlo, y cuando veas a uno malo, examínate a ti mismo... No saber mostrarse bueno con los

malos es una prueba de que no es uno bueno del todo.

35. Hagamos la voluntad de Dios

Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación (1 Tes. 4,3). *Él nos eligió antes de la creación del mundo para que fuésemos santos* (Ef. 1,4). *No todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos* (Mt. 7,21).

Fuera de la voluntad de Dios nada nos interesa... La santidad es la alegría de hacer la voluntad de Dios (Juan XXIII). (La santidad no es otra cosa que conformar nuestra voluntad con la de Dios. No querer más que lo que Dios quiere).

La voluntad de Dios se manifiesta a través de sus mandamientos. La Iglesia nos ayuda a descubrir la voluntad de Dios por medio de la Sagrada Escritura. En la Biblia está la palabra de Dios y ella nos señala lo que debemos creer, esperar y amar. *«Si me amáis, guardad mis mandamientos* (Jn. 14,15). *Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos* (Mt. 19,17).

La voluntad de Dios es la salvación de los hombres... Es recto el corazón humano cuando concuerda con la voluntad divina (Santo Tomás).

Hay dos voluntades: *tu voluntad* ha de corregirse según *la voluntad de Dios,* y no torcerse la voluntad de Dios según la tuya. Tu voluntad es mala, regla es la divina; manténgase la regla para que lo malo se corrija... No quieras torcer la voluntad de Dios según la tuya, sino corrige tu voluntad según la de Dios. La voluntad de Dios es como una regla: piensa, pues, que has torcido la regla, ¿cómo podrás corregirte? En verdad ella sigue íntegra: porque es inmutable. Mientras se conserva la regla, tienes adonde volverte y puedes corregir tu maldad, tienes que enderezar lo que hay de torcido en ti. Pero ¿qué es lo que quieren los hombres? No les basta tener torcida la propia voluntad; quieren torcer también la de Dios según su propio corazón, para que Dios haga lo que ellos quieren... ¿Quiénes son los de recto corazón? Los que quieren lo que quiere Dios. Eres de corazón torcido y mala voluntad, si quieres otra cosa de lo que Dios quiere (San Agustín).

Cuando el hombre ama lo que ama Dios, con justo título se le levanta al reino de aquel

de cuyo amor participa... La paz verdadera es no separarse de la voluntad de Dios, y deleitarse tan sólo en aquellas cosas que son del agrado de Dios (San León Magno).

Nunca hemos de pedir a Dios razón de lo que prescribe, sino cumplamos todo cuanto Él nos mandare (S. J. Crisóstomo).

El que muere enteramente resignado a la voluntad de Dios, deja a los demás una certeza moral de su salvación... ¡Oh! ¡cuánto valor tiene un acto de perfecta resignación a la voluntad de Dios! ¡Bastaría él sólo para hacer de un pecador un santo (S. Alfonso M.ª de Ligorio).

La doctrina cristiana nos propone claramente las verdades que Dios quiere que creamos, los bienes que quiere que esperemos, las penas que quiere que temamos, lo que quiere que amemos, los mandamientos que quiere que cumplamos, y los consejos que desea que sigamos.

Y todo esto se llama voluntad significada de Dios, porque nos ha significado y manifestado que quiere y desea que todo ello sea creído, esperado, temido, amado y practicado (S. F. de Sales).

¿Qué es la perfección sino la unión de la voluntad propia con la voluntad de Dios? (S. Alfo. M.ª).

Señor, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo (Mt. 6,10).

ÍNDICE

1. Ama la virtud 5
2. Conócete a ti mismo 8
3. Niégate a ti mismo 11
4. Lucha contra el espíritu del mundo 14
5. Vive desprendido de las cosas terrenas 17
6. Alégrate en la tribulación 21
7. Ama la cruz y las pruebas de la vida 24
8. Señor, sálvanos que perecemos ... 26
9. No juzgues a la ligera 29
10. La lectura de la Biblia 30
11. Ama la soledad 33
12. Camina bajo la mirada de Dios ... 36
13. Si eres cristiano, sigue a Cristo, imítale 38
14. ¿Cómo hemos de obrar? 41
15. Ordena tu amor 44
16. Persevera en el bien 47

17. Sufre con paciencia y alegría 50
18. Aprendamos a ser mansos y humildes 55
19. Obra con prudencia y discreción .. 59
20. Sed sobrios, vigilad 61
21. ¿Por qué la Iglesia recomienda el ayuno? 64
22. Ante la brevedad de la vida, estemos preparados 68
23. La gracia y la paz sea con vosotros 71
24. Vive con fe, esperanza y caridad .. 79
25. Estima en mucho los santos sacramentos 85
26. Reflexionemos: ¿A dónde caminamos? 89
27. No peques, no seas blasfemo 93
28. Teme a Dios y guarda sus mandamientos 96
29. No vivas en pecado. Conviértete al Señor 100
30. Oremos para vivir más unidos a Dios 103
31. Joven, aprecia la virginidad. Ama la vida religiosa 110
32. Sé apóstol del bien 118
33. Sé hombre de carácter 122
34. Habla bien y haz bien a todos 125
35. Hagamos la voluntad de Dios 129